

Gerard Cambrom y el origen de las Comunidades Eclesiales de Base en Brasil

Fecha recibido: 12/01/2022 - Fecha publicación: 2/09/2022

Gerard Cambrom and the origin of the Ecclesial Base Communities in Brazil

Yves Carrier⁷

Resumen

Gerard Cambrom fue un sacerdote canadiense quien desarrolló su servicio como misionero en Maranhao (Brasil) a finales de los años cincuenta del siglo XX. Allí intentó implantar una liturgia romana con la población pobre y abandonada a su suerte por los poderes públicos del país. Frente a la imposibilidad de establecer como medio de evangelización aquel modelo, se propuso hacer nacer desde su propio terreno a las Comunidades Eclesiales de Base y difundir la fe cristiana como herramienta de desarrollo humano y social.

Palabras clave: Orígenes, CEB, Base, Pobreza, América Latina

Abstract

Gerard Cambrom was a Canadian missionary priest in Maranhao (Brazil) in the late 1950s. There he tried to implant a Roman liturgy with the poor population and abandoned to their fate by the public powers of the country. Faced with the impossibility of implementing such a model as a means of evangelization, he proposed to create the Ecclesial Base Communities from his own land to spread the Christian faith as a tool for human and social development.

Keywords: Origins, CEB, Base, Poverty, Latin America

7. Doctor en Teología, investigador independiente y director del *Carrefour d'animation et de participation à un monde ouvert* en Quebec, Canadá.

Durante la mayor parte del siglo XX, la Iglesia de América Latina se había beneficiado de la contribución de numerosos misioneros de Europa y de América del Norte para suplir su falta de sacerdotes, situación esta que impedía el proceso de cristianización en el continente. Hacia la década de 1950, ya el papa Pío XII había llamado explícitamente a las viejas iglesias cristianas, que se habían acomodado en sus medios religiosos y vocacionales, para que ayudaran a estas Iglesias hermanas, que ahora sufrían por la falta de recursos materiales y humanos en términos de formadores.

Sin embargo, aquellos misioneros extranjeros fueron enviados a las regiones más remotas, donde estaban presentándose procesos de desarrollo humano mucho más débiles. En este momento, las élites de Maranhão, que era uno de los Estados más pobres del Brasil de la época, consideraban que la gente, es decir, la clase más pobre, era incapaz de aprender algo que fuese útil para su recuperación.

Entre 1958 y 1960, el sacerdote canadiense Gerard Cambron escribió varios contenidos de investigación/acción en un compendio al que se ha llamado *Lettre du Brasil*. Esta narración, que surgió como resultado de su propia experiencia de inculturación misionera, representaría un impacto considerable e inspirador para los acontecimientos futuros, porque, sin esperarlo, este se convirtió en un documento histórico en el que se relataron aquellos primeros pasos de las Comunidades Eclesiales de Base (CEB).

Un documento del Secretariado de las CEB (1999), ha conservado las palabras del sociólogo mexicano Jorge Castañeda (1999), quien al estudiar aquellos genuinos movimientos populares de los años 70 y 80 en América Latina, insiste en la importancia de las CEB:

El movimiento más importante, que también está firmemente arraigado en la historia y en el inconsciente del continente, es sin duda el de las comunidades eclesiales de base (CEB), que transformó radicalmente el papel de la Iglesia en varios países de la región. Las Comunidades de Base extendieron su alcance a otros movimientos sociales, comenzando por el más típico y al mismo tiempo el más innovador de todos, el movimiento urbano. (p. 85-86)

Esta experiencia única, permite hacer un nuevo seguimiento al surgimiento de un prototipo de organización misionera llevada a cabo desde la base. Leídas y releídas durante varios años por parte de numerosos eclesiásticos, esas cartas servirán de impulso a la carrera de Cambron quien será llamado a influir desde su experiencia apostólica, en la formación de nuevos misioneros, de sacerdotes, religiosas y religiosos brasileiros, así como también del episcopado de este país. Ante la magnitud de la miseria omnipresente en la sociedad local con que se encontró, él se negó a recrear aquel modelo misionero ya visiblemente trasnochado, consistente en la ejecución de obras sociales que no hacían otra cosa que perpetuar el estado de dependencia y subordinación de estas poblaciones.

Cambrom fundamentó su plan de acción y esperanzas en el establecimiento de cooperativas de producción, que pudieran valorar las riquezas culturales y naturales del pueblo de Maranhão; así mismo, puso especial atención en la enseñanza de las artes y los oficios, con el fin de aumentar los métodos de producción, pero por sobre todo y más que nada, dio una relevancia especial a la evangelización, como una nueva fuerza de elevación moral sin la cual nada era posible.

Rápidamente propuso unos procesos de asistencia técnica para educar a las personas del lugar, para que fueran más responsables de sí mismas, especialmente en los aspectos de salud, educación, economía, familia y fe. Al principio, la comprensión de Cambrom del desarrollo era exógena, es decir, que se basaba en iniciativas que venían desde fuera y no de las propias realidades de los pobladores del lugar; se trataba de planes hechos desde la perspectiva de aquellos que, si bien no conocían la realidad del lugar tenían a su alcance los medios técnicos. Para él, la mejora de las dimensiones materiales, morales y sociales, eran condiciones primordiales para los procesos de evangelización; una especie de preámbulo y fundamento para la consolidación de una civilización cristiana, en el sentido de que la conversión conducía a una vida mejor por las mismas virtudes que esta tiende a establecer.

Fiel a las instrucciones de Pío XII, el acercamiento a las élites fue el primer método que este hombre puso en práctica, para transformar aquella realidad de miseria y implementar su obra misionera. Pero poco a poco fue cambiando su opinión sobre el potencial evangélico de las élites, que ahora descubría más preocupadas por proteger su posición privilegiada en la economía, su política amañada y su cultura exclusivista, que por sacar adelante a su prójimo.

Procesualmente, su comprensión de esta nueva realidad le llevó a considerar, ahora desde una perspectiva diferente, los carismas presentes en aquel pueblo humilde con el que comenzaba a aprender y a descubrir sus famosos *cántaros de elección*. De hecho, la élite apostólica que ahora buscaba, ya no provenía de las clases dominantes, sino de los sectores populares. Para el religioso, estos eran los elementos más prominentes, porque llevaban consigo el deseo de servir a sus hermanos y hermanas en Jesucristo.

La misión de Perim-Mirim y Bequimão

Cambrom había recibido la responsabilidad de atender las parroquias de Perim-Mirim y Bequimão, ubicadas en la Prelatura de Pinheiro en la Baixada Occidental de Maranhão en Brasil. Acompañado por el sacerdote Robert Lessard, ingresó en esta misión el 15 de agosto de 1958 y permaneció en ella hasta el 26 de mayo de 1960. Aquel lugar en el que se estableció, ningún sacerdote había residido de manera permanente; la gente apenas recordaba unas pocas presencias esporádicas, no más de tres veces al año en la que los clérigos oficiaban el sacramento del bautismo, sin desarrollar una catequesis previa. Esta información puede matizar aquella situación como la de un cristianismo embrionario; por eso, Cambrom buscó diferentes formas para que la gente no dependiera de la ayuda externa. La escasez de recursos hizo que

al principio, debieran celebrar la misa en cualquier lugar; a veces hasta en las capillas privadas de los terratenientes.

El misionero señala hasta qué punto las personas son abandonadas a su suerte, mismas que prácticamente no cuentan con vías o caminos para llegar al lugar en que viven; en efecto, durante las crudas temporadas de lluvias, cualquier viaje, además de peligroso, muchas veces resultaba imposible. En este sentido, aquella marcada dependencia de los campesinos frente a los grandes terratenientes y la consecuente relación de clientelismo, obligaron a Cambron a tomar distancia de este modelo de transmisión de fe que, con el tiempo, se había transformado en un instrumento de dominación por parte de las élites.

Poco a poco, él se da cuenta de que las clases ricas eran más frecuentemente un obstáculo para el desarrollo humano que una ventaja para su promoción y apoyo. Un día, Cambron fue invitado a celebrar una misa junto con los hacendados de una comunidad rural; en ella se dio cuenta de lo necesario que era poner fin a aquella situación poco saludable y de dependencia, que inhibía la libertad de expresión de las personas. A partir de esta experiencia, descubrió el gran potencial que representan los pequeños y humildes cuando no están controlados por los grandes de la clase dominante.

Estos acontecimientos marcaron el principio de un gran cambio en su experiencia misionera; pronto se dio cuenta de que trabajar con el pueblo producía frutos más tangibles desde el punto de vista de la educación de la fe, incluso a riesgo de causar insatisfacción en las élites locales. Este pensamiento que va desde el pueblo y la creación de la comunidad en el pueblo y por el pueblo, había comenzado a inspirar su trabajo apostólico a lo largo de su carrera misionera.

Obviamente, las visitas esporádicas de un sacerdote itinerante, que solo iba a los pueblos más imponentes y oficiaba exclusivamente en las capillas de los grandes dominios, no permitían construir un espíritu de comunidad solidaria. Quedaba muy poco por realizar en esta forma de religión que de entrada legitimaba la preservación de las estructuras de dominación y la inhibición de una sociedad empoderada, cuya palabra autónoma tenía potencial para dar vida al pueblo como sujeto consciente de su destino.

En su esfuerzo por descubrir la llave para despertar la conciencia de la gente a la que fue enviado, el misionero empezó a utilizar enseñanzas basadas en nuevos campos de saber, como el de la sociología. El discípulo del padre Louis-Joseph Lebet, estudioso de la economía y del humanismo, consideraba que su trabajo también conllevaba demandas de desarrollo material; que ya no fueran lideradas ni llevadas a cabo desde una estructura gubernamental, sino como resultado de la voluntad del pueblo por adquirirlas, tales como pequeñas propiedades privadas, escuelas, cooperativas, etc. Para ello, debía conocer a profundidad las necesidades, capacidades y carencias de esta sociedad rural, lo que de por sí ya representaba una enorme tarea.

En este sentido, una de las principales resistencias que encontró, fue el sentimiento de apatía general que inhibía cualquier iniciativa de cambio en las poblaciones más

desfavorecidas; esto, en consecuencia, las dejaba deshabilitadas y como incapaces para convertirse en protagonistas de su propio destino. Aunque esta brecha había tenido sus orígenes en procesos históricos, sin embargo, se desconocían las razones fundamentales de aquel estado de postración. Como en un gran psicoanálisis colectivo, los habitantes de Perim-Mirim y Bequimão fueron llamados por primera vez, a formar comunidades y a apropiarse de su destino como pueblo.

Cabe recordar que, como consecuencia de la conquista europea de América, los seres humanos arrancados y traídos contra su voluntad desde África, los indígenas y los descendientes de estos hermanos esclavizados, fueron expropiados de su horizonte histórico. Por muchos siglos, ha sido interrumpido el continuum que les permitía situarse en el espacio (el territorio) y el tiempo (la sucesión de generaciones dueñas de su destino). Además, debían hacerlo dentro de una sociedad donde desconocían las reglas más elementales del poder y de la economía.

En este sentido el primer trabajo al que los misioneros debieron dedicarse fue el de despertar la conciencia de la dignidad humana, de los miembros de una familia y de una comunidad. Este despertar será un resultado inesperado, realizado desde la dinámica del lugar, de tal manera que buscando fundar una Iglesia, finalmente terminaron formando a un pueblo que ahora era consciente de sí mismo; queriendo evangelizarlo, lograron que el sentimiento de fatalidad ante las pruebas de la vida comenzara a desvanecerse. Aunque sería fácil afirmar que los misioneros extranjeros sirvieron como mecha para el surgimiento de una conciencia colectiva, el tamaño de los resultados obtenidos impide asignarles todo el mérito.

En *Lettre du Brésil*, se nota el apoyo de unas nuevas estrategias misioneras que se fueron propuestas para formar comunidades de oración, reflexión y acción social, con unas personas que ahora estaban más dispuestas a reunirse y a encontrarse tras el único objetivo de ser protagonistas de su vida colectiva.

Una vez reunidos estos núcleos, bastó con prestarles la suficiente asistencia hasta convertirlos en puntas de lanza de una novedosa estrategia, donde los grupos de base pronto se volvieron componentes activos en otros campos, más allá del propio de la evangelización.

La polivalencia de estas células de base- que también se convierten en vínculo positivo con el exterior- favoreció simultáneamente su enraizamiento, su multiplicación y su ligadura a través de redes. Sin embargo, además de pertenecer a un grupo de presupuestos, pronto tomaron conciencia de su carácter estructurante como comunidad de servicio y de ayuda mutua. En este espíritu, la implementación de una Iglesia abarcó mucho más que un simple establecimiento religioso consagrado como lugar de culto. Implicó la renovación y la conversión del tejido social, desde procesos que fueron llevados a cabo en torno a las Comunidades Eclesiales de Base, comprometidas con un proceso de restauración de los valores humanos y protagonistas de asuntos capaces de elevar el alma de las personas al deseo del bien, a la verdad y al trabajo bien hecho, como medio de acceso al proyecto de Dios.

La nueva dinámica de vida fraterna, propuesta por este misionero recreó todos los ámbitos de la existencia: la familia, el trabajo, la educación de los hijos, la moral

pública, el intercambio de recursos y la expresión de un culto conforme a esta visión. Se buscó de manera novedosa de dar cuerpo a un espíritu que se convirtió en la levadura de la unidad del grupo. Esto permitió a sus integrantes, resistir a todas las agresiones de parte de las fuerzas de disolución que quisieran esclavizarlos.

Lo que estaba en juego era la autonomía de una comunidad de sujetos que supieran discernir lo mejor de lo peor, en un diálogo permanente alrededor de los objetivos perseguidos en este sentido.

Cambio de paradigma de la misión

En aquel momento, la evolución de la perspectiva misionera debería abordarse de acuerdo con criterios que favorecieran el pleno desarrollo del entorno, al tiempo que permitieran la fundación de la comunidad cristiana desde un respeto a la cultura y a la religiosidad popular.

De esta manera, cabe recordar que ninguna estructura institucional puede ser neutral en relación con su entorno, es decir que en cualquiera que sea el caso, termina por favorecer el crecimiento de una población o contribuir a su estancamiento; de igual manera su sola presencia influye y determina las directrices de todo según sus propios intereses.

Además de los individuos, el carácter de la institución y sus objetivos constituyen un mensaje que sostiene su propia gama de análisis interpretativos de la realidad. Sin embargo, a estas alturas, se puede considerar que los valores evangélicos son instigadores de un sentido y de una acción acordada; esto significa que suponen una visión determinada del mundo fundada en principios morales.

Señalan además un espíritu de comunión y de fraternidad, así como una mirada compasiva ante los menos afortunados, transformando de manera intrínseca, la forma de entrar en relación con los demás y con el mundo. Por eso se dice que la Palabra de Dios está viva, ya que interpela y convoca a los que le prestan atención. En concordancia con esto Azevedo (1986) afirma:

El contacto directo con la Biblia se ha convertido para la CEB en el contenido y en la fuente primaria de la oración del pueblo. Empezó a comprender que está en relación con un Dios cercano, que tiene para nosotros un plan de salvación, concretado en la historia de la humanidad y en la de cada uno de nosotros. Esa historia supone que nos dejemos seguir construyendo como individuos pero sobre todo como comunidad y como pueblo. Este acceso directo a la Palabra de Dios ha resultado especialmente fecundo al percibir que la fe y la vida cristiana, abarcan la totalidad de nuestra vida y no solo la salvación de nuestras almas. Este cambio de clave de lectura, permitió articular en el contacto con la Escritura y la oración, que de ella deriva la fe y la vida, suprimiendo así una dicotomía que está en la base misma de la existencia de muchos cristianos. A partir de ahí, aparece bajo una nueva luz la realidad concreta en la que estamos inmersos, especialmente la situación de extrema pobreza, la falta de bienes materiales y las condiciones de opresión en relación con los derechos fundamentales. La principal

consecuencia de tal percepción ha sido el paso de este pueblo, de una actitud pasiva y resignada, en constante espera de la iniciativa de los demás o de Dios, a una disposición activa, tanto en el plano religioso como en la totalidad de la vida. (p. 124-125)

Este cambio de paradigma con respecto al objetivo primero de fundar una Iglesia en aquel lugar, debió tener en cuenta su realidad y las dificultades inherentes a esta tarea. De hecho, la administración expedita de los sacramentos ya no se consideraba la función prioritaria de los misioneros, quienes en adelante actuarían de manera diferente, evangelizando a los individuos reunidos en células activas. Desde el concepto de cantidad de sacramentos administrados, se evoluciona al criterio de lo cualitativo espiritual; de las creencias desencarnadas que conducían al fatalismo, se pasaba a un modelo de gestión autónoma; del sujeto atomizado y subyugado ante las estructuras de poder y de representación de lo sagrado, se reinvierte la fe como elemento dinámico y fundacional de las comunidades conscientes de su papel en la historia. Ahora el cristianismo era, más que una religión, una regla de vida, un nuevo espíritu de hermandad que florecía, según los tiempos, en diversas formas culturales.

Al principio, este nuevo enfoque no contó con la aprobación unánime de un clero que se negaba a admitir que el mero hecho de bautizar no era suficiente para dar coherencia a la comunidad cristiana. Según la nueva lógica, las personas primero deberían despertar su deseo de conocer a Dios y aprender las exigencias elementales de la fe, para, entonces sí, estructurar su identidad católica y dar crédito al bautismo y a los sacramentos.

En este sentido, el significado atribuido a cada uno de ellos se expandía mucho más allá del acto sacramental mismo, y obligaba al testimonio de irradiarlos en toda su vida a través de los requisitos morales que debía respetar y por la fraternidad efectiva que tenía que construir.

En la historia de la Iglesia, ha existido una tensión permanente entre la insistencia en el carácter inmóvil y primordial de la práctica sacramental, que es una dimensión institucional concentrada en torno a la persona del sacerdote, y el aspecto social, histórico y comunitario de la salvación cristiana, fundada más en la práctica de carismas organizativos y sociales que constituyen una responsabilidad para quienes los poseen y ejercen. Por otro lado, cada vez que la mística escapa al poder regulador de la autoridad eclesial, se produce una erupción del aspecto comunitario en el campo histórico, en cuanto realización palpable de los preceptos del Evangelio. Sin embargo, la comunidad cristiana debe reencontrarse constantemente en el poder de los sacramentos para permanecer siempre fiel a sus carismas. Cuando esto sucede en simbiosis con el poder sacerdotal, los sacramentos se vuelven plenamente efectivos, logran actualizar lo que son: una fuerza de cohesión e identidad común.

La contribución ineludible de la Acción Católica a las Comunidades Eclesiales de Base reside en el método y en la educación de la inteligencia de la fe, como instrumento indispensable en la búsqueda de la justicia social y el desarrollo comunitario. Al proporcionar los criterios de un poderoso discernimiento, marca el comienzo de una

nueva era para la Iglesia Católica donde, para el Pueblo de Dios, el discurso coincide con la práctica.

De ahora en adelante, no se trata de confiar todas las responsabilidades a las instituciones cristianas constituidas por el pueblo *clericalizado*, sino de tomar sus destinos como sujetos emergentes con pleno derecho en la historia. Así, tomando como referencia los movimientos especializados de Acción Católica, fundados en Bélgica por el Padre Joseph Cardijn, puede decirse que los cristianos están llamados a convertirse en creyentes adultos, miembros completos de la sociedad.

En su objetivo indiscutible de revalorizar los sacramentos, Cambrón rompe el esquema parroquial, dando prioridad a la familia y a la comunidad ante las estructuras que esconden el vacío que tienen. Señala que en el origen de toda obra de evangelización, el kerigma debe ser proclamado como palabra de fe que llama a la participación de la asamblea de los creyentes unidos en la oración.

La comprensión primordial viene de que es la fe la que tiene que comunicarse en lugar de que sean solamente los dogmas y conceptos; esto lo lleva a aliviar sustancialmente el contenido de su enseñanza cuando habla a los humildes de Maranhão sobre la comprensión del misterio cristiano. Esta omisión sobre la información extrínseca que no produce ningún sentido para la población local, permite una reapropiación de materiales semánticos que conduce a la construcción de vínculos de significado entre la historia de la Salvación, que es la historia de un pueblo, por lo tanto de una colectividad, de la realidad social y la expresión de fe que surge de la conciencia emergente del grupo.

Leer la Palabra de Dios unida a la oración sincera, constituye una fuerza por los pobres, donde se articulan la esperanza, la reflexión y la experiencia. Este ejercicio proporcionado por el texto, se realiza en un contexto -que es la pobreza- con el objetivo de transformarlo en un proceso colectivo bajo la inspiración del Espíritu.

Encontramos aquí todos los elementos de una Comunidad Eclesial de Base, siempre y cuando el texto llame a reflexionar alrededor de una determinada situación de sufrimiento y la oración impulse hacia acciones que liberen al pueblo de las condiciones infrahumanas que sufre. Si los grupos de oración se comprometen de manera práctica y concreta con los problemas sociales, los beneficios que traen a su comunidad son incomparables. De hecho, la presencia de estas colectividades aparece antes de la instalación de un sacerdote en un lugar. De lo contrario, correremos el riesgo de detenernos sobre una realidad hostil o indiferente, un elemento externo poco adaptado a las necesidades del entorno.

Es precisamente desde esta lógica, cómo Cambrón y su equipo eligen el método de la Legión de María, de núcleos en los pueblos, a pesar de las repetidas peticiones del episcopado local que, con la contribución de sacerdotes extranjeros, ya sueña con unas redes parroquiales similares a las de Europa y América del Norte. Como resultado de su innovador trabajo, Cambrón, más que un trasplante eclesial sobre un cuerpo extraño, establece un nuevo método que elabora a partir de sus observaciones.

Para él, los misioneros laicos de las comunidades conocen personalmente a las

personas que pueden integrarse en los grupos, para involucrarse en el desarrollo de la Iglesia en este lugar. De manera particular, una de las claves del éxito radica en la duración y permanencia de estos actores que guían, inspiran y articulan el cambio. Son los que Cambrom en su *Lettre du Brésil*, del 19 de diciembre de 1959, citado por Carrier (2008) califica como *jefes naturales*:

Todo esto me sorprende porque no es nuestro trabajo. Son los apóstoles laicos los que tienen todos los méritos en la conversión de esta sociedad. Mi convicción se hace más profunda: no podemos hacer nada sin ellos, solo evangelizamos verdaderamente a las personas a través de ellos y en ellos, rara vez de manera correcta e inmediata. (p.218)

Ante este asombro permanente, nacen nuevas luces de aprecio por los carismas presentes en la población; el corazón de un pueblo comienza a latir y un sujeto emerge de su extenso letargo para emprender su viaje por la historia. Y desde el misterio de la fe, el hombre de Iglesia sabe que no es él quien protagoniza estos procesos de evangelización que ahora se despliegan ante sus ojos. Este audaz avance en la definición del papel y de la naturaleza de la fe como fundamento de una civilización humana, fraterna y virtuosa, compromete la perspectiva misionera en un camino de purificación de falsas conveniencias.

Cambrom ha establecido un nuevo criterio para verificar la autenticidad y eficacia de la fe que le corresponde. De tal manera que convertirse en cristiano y entrar en este proceso, significa verdaderamente una renovación de los corazones humanos y de las relaciones dentro de estas micro-sociedades. Lleva a cabo entonces, un auténtico trabajo de laboratorio social en todos los sentidos, porque dicha conversión compromete a los miembros de las comunidades en todas las dimensiones de su existencia, que -cabe decirlo- es restaurada de raíz.

Sin querer, buscando rehacer una población abandonada, Cambrom perturba todo el edificio social y eclesial. Además, difunde sus ideas por todo Brasil, convence a otros sacerdotes, laicos y obispos para que sigan sus intuiciones apostólicas. No es el único que inicia este movimiento, los tiempos ya están maduros para avanzar en esta redefinición de la fe y la identidad cristiana sostenida desde una comunidad de vida, de oración y de interpretación de la Escritura. Aquí es donde la dinámica va a trastocar el polo interpretativo, pasando del Libro a la realidad y, de las enseñanzas eruditas hacia las palabras de los seres sencillos. Muchos años más tarde nacerá la Teología de la Liberación inspirada por la escucha de la gente de los bosques, del campo y de las montañas, como también por los pobres de los barrios marginales de este vasto continente. Citando a la historiadora Ana María Bidegain (2014), la siguiente observación parece obvia:

La creencia fundamental que prevalecía sobre las sociedades latinoamericanas era que las clases populares eran cristianas. Se consideraba que la evangelización llevada a cabo durante la dominación española y portuguesa en América Latina, había sido suficiente

para poder contar con una sociedad donde la mayoría de la población era cristiana. También se creía que a partir del proceso de emancipación en la América de habla hispana y el establecimiento de la República en Brasil (1890), las sociedades latinoamericanas comenzaron a ser influenciadas y dirigidas por una élite descristianizada y asociada a las ideas materialistas europeas, que al principio del siglo XX se impusieron en estos países, amenazando a las clases desfavorecidas en sus creencias religiosas. (p. 122)

Naturalmente, la realidad social está a la base del origen y surgimiento de las Comunidades Eclesiales de Base, que para entonces aun no contaban con un nombre ni con una definición bien establecida. Tuvieron que esperar a irse estructurando con el paso del tiempo y que tomaran nuevas y diversas formas, hasta que los académicos pudieran elaborar una definición de ellas. Tan diversas como los lugares y contextos que las originaron, irradian y propagan, se desarrollan y difunden, nacen y mueren, para reaparecer de una manera diferente, pero conservando los elementos fundamentales que las caracterizan: un profundo arraigo espiritual como forma de acercarse a la historia con la preocupación de transformarla, y un compromiso decidido con la justicia social vivido como expectativa evangélica.

Comunidades cristianas activas

Sumergiéndose en la realidad de los pobres y constatando la ineficiencia de los métodos tradicionales para difundir la fe católica, Cambrón aprendió a confiar en el genio del pueblo humilde y en las células de evangelización compuestas por la Legión de María. En un último balance, se maravilla de los progresos logrados en tan poco tiempo. Su esperanza, mezclada con la duda, termina de consolidarse y en consecuencia acepta esta nueva forma de organización de las comunidades cristianas que la realidad parece exigirle.

En este momento, la Conferencia Nacional de Obispos de Brasil (la CNBB) pone su esperanza en la Acción católica especializada, pero es paradójicamente aquel modelo de apostolado con devoción a la Virgen María el que - hundiendo sus raíces en el ambiente popular - va a dar a luz a estas comunidades de oración, de reflexión y de intervención social. De hecho, parece que, antes de conceptualizar su fe, los sencillos sintieron la necesidad de sumergir sus raíces en el suelo tradicional de la piedad popular. Al menos esto es lo que se logra dilucidar a partir de las palabras de Marins et. Al, quienes afirman:

La CEB es básicamente la reunión de los fieles a nivel de raíz. Es la expresión más fundamental de la Iglesia, anunciadora de la Buena Noticia y transformando el mensaje a la luz del Reino. La CEB no da las respuestas para eliminar todos los males contemporáneos. La CEB como nivel base, revaloriza e interpreta de manera diferente el modo de ser y actuar de la Iglesia. Esto se hace a la luz de los propios orígenes y de la Acción del Espíritu, y en la perspectiva de un compromiso nuevo, liberador y salvador, para responder a las urgencias y a los signos de los tiempos. (p. 102)

La Legión de María tiene sus orígenes en Irlanda; es un apostolado de laicos diseñado para ellos. La clase popular suele utilizar medios muy sencillos y presenciales de aplicación, al contrario del método de la Acción católica especializada que requiere un importante conocimiento intelectual, así como de un medio para expandir su movimiento. Sin duda, es el aspecto intangible de la forma de proceder de la Legión de María que produce resultados sorprendentes.

Este modelo pastoral implica un encuentro semanal de un pequeño número de cristianos que se comprometen con tres personas a rezar el rosario, a leer en grupos una palabra tomada del libro de la Legión de María y a compartir el significado y las preguntas que surgen de esta lectura, haciendo una visita, de dos en dos, a personas del pueblo o de la comunidad que en ese momento estén experimentando algunas dificultades.

Estas visitas son realmente actos de pura caridad; aunque lleguen con las manos vacías y sin dinero, la gente está feliz de darles la bienvenida a su casa. Los visitantes comparten su experiencia en la siguiente reunión y recrean reportajes muy particulares que revelan la dinámica social que se establece. Esto mejora los lazos relacionales entre los miembros de la Legión y la población en general, porque dichos relatos terminan convirtiéndose en historias y las visitas dan nueva vida al movimiento. La comunidad toma conciencia y aprende a conocerse a sí misma; el entusiasmo se apodera del lugar y de pronto, algo nuevo está naciendo. La noticia se difunde, de modo que hay gente de fuera que viene a pedir que se funde otro grupo de la Legión de María en su aldea. Lo más sorprendente es que el propio pueblo asuma esta experiencia misionera queriendo ganar otros discípulos, y todo esto sucede sin la presencia de un sacerdote.

Sin embargo, ¿qué pasó con esta expansión tan rápida y persistente de la Legión de María en el Norte y en el Nordeste brasileño?

Sin duda, la piedad mariana está ligada a los orígenes de los primeros grupos. Parece que el poder de la oración regular y colectiva, asociada a un despertar frente a la realidad social, fue decisivo en la persistencia y difusión de este movimiento, como también el hecho de que la estrategia misionera estuviera totalmente asumida con los recursos del lugar, con sus carismas y sus jefes naturales.

Las células de base se perfilan entonces como una empresa de autogestión social, cultural, comunitaria y espiritual, donde cada uno de los elementos consolida al otro en la construcción de sujetos colectivos e individuales. Esta concepción del poder como servicio a la comunidad, favorecida por todos los carismas presentes en estos grupos, fueron también un elemento clave para que las fuerzas se sumaran y multiplicaran como nunca antes en este lugar.

Iniciar algo similar en un medio que lo espera desde hacía siglos, es un proyecto estructurante y en total sintonía con una perspectiva de desarrollo; esto - si escapa al riesgo siempre presente de ser sofocado desde el inicio - conduce a la acción emprendida por y para la base tras una reflexión sobre los medios a su alcance para alcanzar su humanización.

Dentro de esta dimensión social, lo espiritual se consolida como el alma del grupo, al que le confiere una visión y una actitud compuestas de diferentes virtudes: unión, paciencia, corazón, perdón, compasión, misericordia, solidaridad, caridad, el don de sí mismo, la superación de los propios miedos a favor del grupo, etc. Y, de igual manera, sus principios morales que retroalimentan el proceso de emancipación: lealtad, honestidad, probidad, franqueza, disciplina y apoyo mutuo.

Durante los primeros meses, en un movimiento que parecía normal, Cambron convocó en el pueblo principal a una reunión parroquial de todas las comunidades formadas. Regularmente oficiaba estas reuniones, y organizaba un encuentro diocesano. Las pequeñas reuniones permiten a los legionarios trascender los límites de su aldea para compartir sus experiencias y tomar conciencia de la fuerza del movimiento, que todavía no era político, pero que ayudaba a elevar la autoestima y la dignidad de sus integrantes, quienes se reforzaban en su autoconciencia cuando comenzaban a sentirse escuchados y a exponer sin tapujos, la sabiduría innata de sus propias palabras.

Esta labor de seguimiento de las nuevas comunidades consiste en encomendarles tareas y responsabilidades que deben realizar en un plazo señalado, para poner en marcha un proceso de organización. Al tomar confianza, los participantes van asumiendo funciones cada vez más importantes, cuyo éxito se refleja en toda la comunidad. En poco tiempo, no solo hay un número organizado de personas que quieran comprometerse con la transformación del lugar, sino que estas también son capaces de inspirar la toma de decisiones y la planeación de objetivos a corto, mediano y largo plazo.

La difusión de las Legiones de María, auténtico fenómeno eclesial, establece un proyecto que, con el tiempo, formó un cuerpo espiritual y social, consciente de su carácter indiviso y de su fuerza. Entonces, la energía que estaba monopolizada por las divisiones internas y el sentimiento de apatía, es canalizada en función del bien común que estructura su identidad.

Históricamente, el Norte y el Nordeste de Brasil ya tenían algunas predisposiciones para cosechar tal fenómeno eclesial. Estas se encuentran en los orígenes étnicos de las poblaciones marginadas del desarrollo capitalista y de la sociedad blanca. De hecho, son los afro descendientes, los indígenas y los diferentes pueblos mestizos, los verdaderos fundadores de las CEB, a saber, los habitantes de los quilombos, que provienen de las antiguas colonias de esclavos en fuga, a las que Cambron se refiere en *Lettre du Brésil*. Estas comunidades se remontan a la época colonial y constituyen un patrimonio humano de valor incalculable, hoy celebrado por la cultura brasileña, tal como bien lo registró el Secretariado de CEB (2000):

En Brasil, las primeras experiencias de comunidades ya estaban presentes entre los pueblos indígenas y luego entre los negros africanos, que llegaron aquí como esclavos. Desde la salida de África y la llegada a Brasil, hombres y mujeres negros, desde su experiencia de fe, han buscado formas de solidaridad para enfrentar el sufrimiento, mediante estrategias de liberación y proyectos comunitarios de construcción social.

Destacamos los Quilombos, las Hermandades y las Religiones afro-brasileñas como lugar de resistencia y de vivencia de la comunidad negra.

Los quilombos fueron lugares de reunión de negros que se rebelaron y huyeron de la dominación del sistema esclavista, formando comunidades libres. Rodearon las plantaciones y los lugares de detención de los esclavos y provocaron nuevas fugas. Buscaron en las montañas, lugares de difícil acceso, para formar y organizar sus comunidades como unidad de producción, autodefensa y protección. La Iglesia se negó a ofrecerles asistencia religiosa alguna. (p. 213)

Para finalizar

A finales de febrero de 1960, Cambrom ofreció una conferencia publicada en *Lettre du Brésil*, donde esboza una pintura y un primer giro de su compromiso misionero al servicio de las comunidades de Perim Mirim y Bequimão. Allí cita a la *Rerum Ecclesiae* de Pío XI, que fue su primera inspiración.

Un detalle interesante es que, si la iniciativa de fundar pequeñas comunidades de oración dedicadas al servicio de sus prójimos proviene de la Legión de María, el método itinerante del servicio pastoral inaugurado por Cambrón se debe a la brillante idea de este Papa, quien aconseja a los misioneros no fundar instituciones pesadas de las que tendrán la carga, sino mejor inspirarse en san Pablo y en el ministerio de Jesús, quienes yendo de un lugar a otro, formaron las primeras iglesias domésticas.

A primera vista, este modelo pastoral de las Comunidades Eclesiales de Base no aparece en oposición al ministerio sacerdotal; por el contrario, se lleva a cabo como apoyo a los sacerdotes que no pueden estar en todas partes, moviéndose de un lado a otro para celebrar la Misa y administrar los sacramentos. Como ellos no tienen tiempo, las Legiones de María sirven como auxiliares apostólicos en la práctica diaria de la oración que refuerza el espíritu de la comunidad, y en la enseñanza de la catequesis destinada a dar una mejor comprensión a los individuos, del compromiso que contraen al bautizar a sus hijos o al casarse en la Iglesia.

Muy pronto, estas células de evangelización se vuelven indispensables para el establecimiento de una red parroquial de gran extensión territorial, ya que proporcionan una gran cohesión al grupo, asegurando el seguimiento de las tareas, combinado con un conocimiento íntimo de cada miembro. En el apostolado de los laicos, Cambrom encuentra la respuesta a lo que busca. ¿Cómo hacer para que la gente se interese por volverse practicante, cuando los métodos tradicionales no funcionan, cuando no tienen suficientes sacerdotes para cubrir el territorio y la formulación del mensaje no da lugar a ninguna reacción del público objetivo?

En el apostolado, rodearse en los diversos lugares a partir del núcleo de quienes están interesados en servir a Dios y a la comunidad, será la llave de su éxito. Todavía Cambrom no lo sabe, pero estas aplicaciones pastorales llevadas a cabo después de sus primeros intentos fallidos y su uso de métodos innovadores, representan una verdadera

revolución, sin subestimar por ello la contribución que hace el medio incluso hasta su propia recuperación.

En otras partes de Brasil y América Latina, los misioneros comienzan a desarrollar experiencias similares a partir de diferentes materiales, en entornos urbanos, rurales, con poblaciones afro-descendientes, mestizas o indígenas, convergiendo todos hacia el mismo objetivo: desarrollar una conciencia cristiana a partir de comunidades autónomas.

Para Cambrón, el fruto del esfuerzo misionero sembrado antes de la liturgia y de la preparación sacramental, es la presencia cristiana en el mundo asumida por todos los bautizados, que da credibilidad y consistencia a todo lo demás.

La comunidad cristiana es la piedra angular de su esfuerzo misionero, su proposición y su punto de partida, excepto que el contenido de la palabra liberada y compartida sobre el contenido de la realidad de la pobreza, leído desde los Evangelios sacudió las columnas del templo de la antigua religión sostenida por las élites, en donde las personas empobrecidas observaban pasivamente, sin poder expresarse, ni reflexionar sobre el significado de los gestos realizados.

Durante los últimos meses de su presencia en Maranhão, sorprendió la velocidad con que la red de las comunidades de la Legión de María y su dinamismo, inculcaban a las poblaciones locales, que de hecho, comenzaron a abandonar su pasividad ante las exigencias de la realidad y de la vida cristiana.

Cambrón recuerda la originalidad del método de fundación de pequeños núcleos de comunidades, mediante la constitución de focos de evangelización asumidos para y por el servicio a la colectividad, donde la Iglesia recupera su carácter de ir a los extramuros en su impulso de anunciar el mensaje a todo el mundo.

Ya no se trata de reproducir gestos incomprensibles para satisfacer las misteriosas exigencias de un Dios terrible, sino de introducir la fe como un elemento que fundamenta y dinamiza la historia donde la comunidad es convidada a comprometerse.

Entonces, el principio espiritual, entendido como matriz de sentido, se convierte en el motor de la acción desde la cual el sujeto acepta la responsabilidad de su futuro, no como una carga vinculada a la fatalidad, sino como un conjunto de posibilidades dadas a su genio creativo. Así lo expone Betto (2006):

La percepción de la vida y del tiempo como movimiento histórico es algo intrínseco a la revelación cristiana, cuyo fundamento es la historia de un pueblo (Israel) y la praxis liberadora de un hombre, Jesús de Nazaret. Sin embargo, la conciencia popular concibe el mundo como inmutable. Le falta la columna vertebral en la que el agente pastoral funda sus categorías liberadoras. El pueblo no conoce la historia de la opresión a través del estudio de los medios de producción, la conoce a través de su propia experiencia, de su propia historia, de su pasado indígena o esclavista, a través de la tradición familiar oral, a través de su éxodo permanente en busca de mejores condiciones de vida. Lo que piensa el misionero o el agente pastoral, lo siente la gente. Por eso, el pueblo

sabe callar ante el agente que viene de fuera, sabe ser paciente ante las propuestas inmediatistas, sabe conservar su intuición de clase dentro del proceso histórico.

El calendario de los pueblos no se compone de grandes fechas, sino de los principales acontecimientos de su propia historia. Mientras el agente no aprenda a escuchar a la gente, despojándose de sus patrones mentales para asumir la lógica de la sabiduría popular, permanecerá una desconexión entre ellos. El papel del agente es aprender cosas de las personas con las que convive, sistematizarlas con ellas y contribuir a que ordenen su experiencia histórica en forma de percepción prospectiva, de proyecto a largo plazo, de visión emergente de esta realidad dada, capaz de concebir una nueva forma de organización social. (p. 34)

Conclusiones

El principal consejo que Cambrón deja a sus colaboradores cuando finalmente tiene que dejar Perim-Mirim y Bequimão es que se aseguren de no inhibir las iniciativas que surgen de los corazones bien intencionados; además, que no quieran controlar todo como si nada bueno pudiera provenir de personas sencillas. Es importante expresar finalmente que todo el éxito radica en la delicadeza de un actor que guía sin imponer sus puntos de vista, que sabe delegar sus responsabilidades hasta el punto de desaparecer en medio del sujeto colectivo que emerge de la base.

Referencias

- Azevedo, M. (1986). *Comunidades eclesiales de base. El desafío de un nuevo modo de ser Iglesia*. El Centurión.
- Betto, F. (2006). ¿Dónde están las *Comunidades Eclesiales de Base?* Brasil.
- Bidegain, A. (2014). *La organización de movimientos de juventudes de acción católica en América Latina, Parte I*, p. 122.
- Carrier, Y. (2008). *Lettre du Brésil, L'évolution de la perspective missionnaire, relecture de l'expérience de Mgr Gérard Cambrom*. Collection Sillage, Académie Bruylan, Louvain, Belgique. <https://www.erudit.org/fr/revues/ltp/2010-v66-n1-ltp3906/044329ar/>
- Marins, J., Trevista, T. y Chanona, C. (1998). *La Iglesia que surge desde abajo. Comunidades Eclesiales de base*. Publicaciones claretianas.
- Secretariado de CEB's (2000). 10^e Intereclesial, *10^e Encontro Intereclesial, Ilhéus-Bahia-11 a 15 de julho 2000, CEB'S Povo de Deus, 2000 anos de caminhada, texto base*. Editora Fonte viva.

